

JULIO SILVA LAZO

LOS MESTIZOS

---

CUANDO EMPECÉ A ESCRIBIR, yo vivía en el valle del río Puelo, una región cordillerana de la provincia de Llanquihue que recién empezaba a poblarse con chilenos repatriados de la Patagonia argentina. Entre las personas que trataba no había gentes que hubiesen aprendido a respetar las manifestaciones de la cultura, y si había, algunas, no comprendían el esfuerzo que exigía el largo proceso de entrenamiento intelectual que requería escribir un relato.

En la ciudad, capital del departamento, ocurría lo mismo con ciertas personas. Tenía un amigo, un hombre de aspecto distinguido que sólo con verlo daba la idea de persona culta. Hablaba del microcosmos y del macrocosmos, de modo que nada hacía suponer que me haría una pregunta tonta al tener conocimiento de mis aficiones literarias.

—Tú, ¿para qué escribes? —me preguntó.

—Para diferenciarme de los animales —les respondí.

Le dije una verdad simple. Es obvio que los seres humanos se alejan de los animales a medida que cultivan su espíritu y su inteligencia. Es sabido que los animales no aprenden a escribir. Tampoco sueñan despiertos ni inventan fábulas para entretenerse o proporcionarles un momento de solaz a sus congéneres. Los animales no creen en Dios ni en otros misterios que preocupan a los hombres. A esas especulaciones prefieren comer, dormir, estirarse, volver a comer, volver a dormir, hasta completar un nuevo ciclo.

Es verdad que por aquel tiempo yo estaba en la edad pretenciosa del literato, cuando uno piensa que darle vida a una narración es tarea que supera a todas las otras conocidas, y exige respeto de los demás por las elevadas funciones que desempeña. Probablemente ésta era la razón por la cual la gente no comprendía el denuedo que yo empleaba en hacer de mi vida un drama escribiendo relatos, y mis amigos me aconsejaban que, en

lugar de escribir historias, ocupara la inteligencia en ganar dinero realizando negocios.

—Si te dedicas a la literatura vas a perder la estimación de la mejor gente —me decían—. Los hombres de trabajo te negarán su apoyo y su confianza. No tendrás la consideración del Intendente, que compra y vende animales, ni la del Presidente del Centro para el Progreso, que también es hombre de negocios.

Yo vivía en función de escritor y todo lo veía desde el encumbrado sitio de mis pretensiones. A solas con mi vanidad, no vacilaba en considerarme un creador, y la grandiosidad del concepto me alentaba a perseverar en pergeñar relatos. A veces llegaba un peón a darme cuenta que se había desbarrancado una vaca y estaba en peligro de morir. Yo dejaba que la vaca muriera y seguía escribiendo.

Un día se me extraviaron los originales de los relatos escritos y los busqué desesperadamente. No dejé rincón ni mueble de la casa que no hice objeto de sucesivos y minuciosos registros. En el paroxismo de la desesperación levantaba los brazos y exclamaba:

—¡Dios mío, se perdieron mis obras!

A decir verdad, mis relatos eran el andamiaje de futuras obras que podrían alcanzar forma y contenido con esas adherencias que deja en ellas la madurez artística. Pero yo me creía escritor y hablaba con mucha convicción de la función social que me incumbía. Hasta que una mujer del valle del Puelo, una maestra de escuela que de tanto vivir entre los ríos y los cerros había olvidado casi todo lo que había aprendido, me dijo con mucho desprecio:

—¡Escritor...! ¡Se cree escritor...! ¡Qué va a ser escritor, usted...!

Sus palabras no sólo tenían oportuna gracia sino un fondo de sabiduría. Aquel reventón elocuente de su indignación explicaba que en el escritor se conjugaban tantos atributos, que mi osada pretensión profanaba tan elevada jerarquía. Me dio a comprender que yo era un hombre como tantos, que llevaba un niño en el corazón, al que la literatura conducía de la mano para que mirara el mundo.

Pero no consiguió provocar el derrumbe de mis ambiciones. Yo estaba en la edad arrogante del literato y entendía las cosas, no como las enseñaba la vida, sino a mi gusto y capricho. Ya le demostraría a esa gente que era, realmente, escritor.

Una noche, desvelado en el lecho, meditando en la pugna que levantaban mis tentativas literarias, pensé que podía escribir un relato sirviéndome de esos elementos, para lo cual agrupé a los hombres en cuatro categorías: finos de pura sangre, finos por cruzamiento, mestizos y brutos del país.

Los finos de pura sangre eran los hombres de rancio abolengo y los aristócratas del pensamiento y del espíritu —sabios, poetas, escritores y artistas— que en razón de su talento y de sus méritos podían vivir con honor en cualquier parte del mundo. Los finos por cruzamiento eran los personajes de menor rango intelectual y los que fundaban su ejecutoria en títulos de nobleza que sus antepasados habían cambalachado por oro de América. Los mestizos, los nuevos ricos, que embestían contra las jerarquías superiores con el testuz. Los brutos del país eran tan conocidos que me pareció ocioso individualizarlos.

Los que tenían la sicología más pintoresca eran los mestizos. Poseían el don de la imitación y hacían esfuerzos por parecerse a los finos por cruzamiento. Presumían de elegantes y en verdad vestían con esmero. Saludaban con reverencias exageradas, creyendo hacerlo con mayor distinción. Bebían aperitivos y bajativos y fumaban cigarros puros después de las comidas, como lo hacían los de pura sangre. Sólo que de repente olvidaban el papel de gente distinguida y mientras sostenían el cigarro en una mano, con la otra, ayudados de un palito de fósforo, se escarbaban los dientes.

Después hice un análisis de mis gustos e inclinaciones y me asigné también la categoría que me correspondía. Aparte de pensar en que era escritor, no me había preocupado de averiguar qué otro lugar ocupaba en la vida social. Hombre término medio, vivía por vivir, como los pájaros, y por la misma razón porque éstos expresaban sus emociones en sus cantos, yo hacía esfuerzos por escribir relatos.

Puse de un lado mis cualidades y del otro mis defectos. Una de mis cualidades era escribir en primera persona. Lo que ignoraba la gente era que de este modo tenía pretexto para hablar de mí mismo, poniendo cuidado en disimular mis pretensiones con gran habilidad. Exponía mis defectos con candor delicioso para que no los creyeran míos, o, por lo menos, el lector quedara vacilando entre creerlos ajenos o propios del autor.

Puedo citar otro ejemplo de mis cualidades. Cierta vez mandé confeccionar un smoking para asistir a una comida, de tiqueta. Nunca me había puesto smoking y ahí estuvo lo gracioso. Me sentí otro hombre, mucho más importante, mucho más solemne. Caminaba de cierta manera y hablaba de cierta manera, con dicción cuidadosa, arreglando la voz, adaptándola a las circuns-

tancias para que las palabras tuvieran una entonación armónica con la situación. Y sonreía también de cierta manera, con una sonrisa pequeñita, que a mí me parecía de etiqueta, puesto que apenas me cabía en la boca.

Claro que no era yo, no más, el que vestía smoking en aquella ocasión. Había otros hombres de mi categoría, empeñados también en que les diesen prestigio y distinción las solapas de seda, las camisas albas y los zapatos de charol. Por momentos aparecía en mí el espíritu crítico del literato y se me hacía duro creer que fuésemos nosotros mismos los que estábamos dentro de aquella envoltura aristocrática. A veces me daban deseos de reír. Con el rumboso atavío estaba el hombre que hacía salchichas, el que vendía azúcar y yerba, el que preparaba jarabe para la tos, el que prestaba dinero con usura, el que había hecho fortuna vendiendo vino por litros, el que había dormido en el suelo antes de tener un automóvil tan ancho, otros que como yo asistían a las vacas en el alumbramiento...

Todos éramos hijos del trabajo, base de nuestra humana dignidad, pero, en aquellas circunstancias, deslumbrados por el boato, el fausto, las joyas y las pieles, hubiésemos querido borrar el recuerdo de nuestra humilde estirpe para disfrutar del esplendor de otra categoría social.



Desvelado en el lecho, pensaba yo en todo esto procurando darles ilación a mis ideas, cuando vinieron a mi memoria otros recuerdos de amigos míos a quienes agrupé también en la categoría que les correspondía.

Se trataba de personas incorporadas a la vida civilizada y de cierta representación, con quienes conversaba cuando iba a la ciudad. Yo les hablaba de la crianza de animales que tenía en el valle del Puelo, tema que resultaba muy interesante. Va de sí que en ello me daba cierta importancia, evitando ponerlos al corriente de mis humildes principios. Nunca supieron que la base de la crianza había sido una vaca —“La Sonrisa”— que había adquirido en cuarenta pesos el año de la crisis. En cada primavera “La Sonrisa” paría una hembra. La hija, al año subsiguiente, me llenaba de emoción con otra cría.

Yo no les hablaba a mis amigos de las dos o tres vacas parenderas con que estaba formando la crianza. Bebiendo whisky Caballo Blanco y fumando cigarro Flor Fina de La Habana, les hacía desfilar vacas clavelas, paridas y preñadas, en una fila que mi imaginación estiraba prodigiosamente: “La Gio-

conda", "La Pompadour", "La Cleopatra", un centenar de hembras que poseían nombres célebres.

—¿Cómo está el valle del Puelo? —me preguntaban.

—Se mancan los animales en el pasto —les decía.

—¿Y los novillos?

—¡Gordos, de carnearlos!

—¿Y el terneraje?

—¡El guacharaje, grande, de este portel!

Creían que yo hacía buenos negocios y los amigos me salían al encuentro de todas partes. Además, oyéndome conversar, nadie suponía que tenía aficiones literarias, otra circunstancia que me favorecía. Hasta que un hecho inusitado vino a perturbar nuestra agradable convivencia. Ocurrió que a comienzos del invierno la Ilustre Municipalidad organizó un concurso literario y no pude resistir la tentación. El director del diario local difundió la noticia y se aprestaron a participar en el certamen algunas personas cultas y numerosos snobs.

Yo copié dos o tres relatos, de los que tenía escritos, y los envié al concurso. En seguida empecé a soñar... Si obtenía un premio, el diario destacaría mi nombre, se sabría que escribía cuentos y mis amigos celebrarían el acontecimiento en una mesa larga con harto whisky y puros de La Habana. Me veía, como invitado de honor, compartiendo con ellos la alegría del triunfo...

Lo sorprendente fue que el jurado acordó otorgarme el primer premio. La Municipalidad organizó una velada artística con el objeto de realzar el acto de proclamación de los autores laureados. Habló el Alcalde y el presidente del Comité de Extensión Cultural. A continuación, el jurado me presentó en el escenario. Dije algunas palabras de agradecimiento y me referí, de paso, a algunos de los elementos que dan forma a la creación literaria.

—¡Miren por lo que le dio ahora! —dijeron mis amigos, que se encontraban entre los espectadores—. ¿De cuándo acá le ha dado por esta lesera? ¡Un criador de animales hablando de la emoción y la belleza...! ¿Háse visto?

Uno declaró enfáticamente que yo estaba chiflado, creo que fue el tesorero provincial; otro, el notario, afirmó que me había visto hablando solo por la calle; el farmacéutico, que era también hombre prominente, propuso que dejaran de saludarme, pero otros, con mejor criterio, opinaron que sería darme importancia, lo que resultaría contraproducente. Por último, acordaron no admitirme entre ellos en lo sucesivo, en vista de que no cabía dudas

de que era escritor y los había engañado contándoles lo *fregado* que era arrear *guacharaje* en la cordillera...

Cuando fui a la ciudad, un mes después del concurso literario, no tenía la menor sospecha de que habían preparado en torno mío la conspiración del menosprecio y de la indiferencia. Entré al bar del hotel, tomé asiento y me quedé fumando, a la espera de que alguno de mis amigos llegara a hacerme compañía, jugáramos un cacho y bebiéramos una copa. Observé con sorpresa que los amigos que entraron al bar me saludaron reticentemente desde lejos, y otros cambiaron dos o tres palabras conmigo a la distancia. Yo pensé que ese día los bancos comerciales habrían aplicado la restricción de créditos y los hombres de negocios andarían con mayores preocupaciones.

Al día siguiente llegué a almorzar al hotel en los momentos en que un grupo de amigos míos hacía alegre sobremesa. Me aproximé para sentarme con ellos, confiado en que encontraría allí la cordialidad de costumbre y las preguntas habituales: "¿Cómo está el valle del Puelo?..."

—Buenas tardes —los saludé.

—Buenas —me contestaron.

Dejaron de conversar y uno se puso de pie.

Yo tengo que hacer —dijo.

Otro hizo lo mismo y dio esta explicación:

—A mí me espera un amigo. Hasta luego, jóvenes.

—Nosotros también nos vamos —se apresuraron a decir los demás, abandonando la mesa.

Se fueron, sin dirigirme la palabra, sin decirme hasta luego. Al salir del comedor lanzaron una carcajada.

Me sentí empequeñecido, humillado, aplastado. Tenía la sensación de que mi volumen humano, físico y moral, disminuía poco a poco. Quedé anonadado, sin saber qué pensar, sin saber cómo defenderme. Apoyé la cabeza en las palmas de las manos y me puse a meditar en el drama que se le creaba al hombre que no se adaptaba a las exigencias del medio en que se desenvolvía. Era una especie de criminal, repudiado por la mayoría, que hacía ostentación de su solidaridad para aislarlo.

Empezaron a zumbarme los oídos y me pareció que mi cabeza giraba vertiginosamente en un círculo absorbente y voraz. De súbito, de aquella voráGINE surgió una cabeza monstruosa, chata, plana, con una boca belfuda provista de grandes dientes afilados y sucios, que destilaba babas y se abría y cerraba, farfullando sarcasmos:

—¡In-te-lec-tual! ¡In-te-lec-tual!

Cuando me recuperé de la alucinación, estaba solo en el comedor. El garzón, que me había atendido, me miraba con extraña fijeza. Le pedí una taza de café para disimular mi estado de ánimo. Entretanto, seguía pensando en que era un hombre desambientado y necesitaba a los seres humanos para compartir con ellos alegrías, esperanzas, penas o dolores.

Resolví bienquistarme con mis amigos. En lo sucesivo haría como ellos. Repetiría lo que había oído decir. Impresionaría a la gente con actitudes vistosas, como las plumas de gallo, y sólo en la vida íntima me sacaría las plumas y las colocaría debajo de la silla. Proclamaría la grandeza del sentido común y la ineficacia del buen sentido, la utilidad del término medio y las dificultades de lo superlativo.

No desarrollaría ninguna actividad intelectual, a no ser la que empleara en los diarios. Leería un libro cada dos o tres años, y no hablaría nunca más una palabra sobre literatura y mucho menos acerca de la emoción y la belleza. Para bienquistarme de verdad con mis amigos, juraría que la Emoción y la Belleza eran dos vacas parenderas que tenía en el valle del Puelo, que parían unos terneros macizotes, así tan grandes...



Esa noche, clasificando a los hombres en finos de pura sangre, finos por cruzamiento, mestizos y brutos del país, concilié el sueño muy tarde y desperté poco después sacudido por una pesadilla espantosa.

Soñé que iba repechando un picacho altísimo que había frente a mi casa en el valle del Puelo. Iba trepando difícilmente por la escarpada ladera de roca viva que descendía hasta el río, cuando aparecieron en la cumbre numerosos mestizos que tenían la misma cabeza monstruosa que mi imaginación afiebrada había creado en el comedor del hotel.

La presencia de aquellos fenómenos me llenó de terror. Los veía correr, hablar y proferir amenazas, con gran agitación. Llevaban gruesas estacas de luma y trataban de remover con ellas los peñascos para hacerlos rodar ladera abajo. Confieso que jamás he sentido mayor desesperación. Se veía a las claras que querían matarme. En conjunto, demostraban poseer una fuerza extraordinaria y conseguían sus propósitos. Hicieron rodar peñascos de gran tamaño que pasaron cerca de mí por la ladera en una carrera indescriptible. Yo me apegaba a la roca y cerraba los ojos cuando pasaban zumbando sobre mí y se perdían cerro abajo con un estruendo de cataclismo. Hasta que uno de los pedruscos que se desprendían, me dio en la cabeza y me rompió la frente.

Me agarré a la peña con desesperación, buscando con las uñas las grietas de la roca. Sentí que un chorro de sangre caliente me inundaba el rostro, descendía por el pecho y corría por mis muslos. Me invadió la laxitud de los moribundos, perdí poco a poco la noción de las cosas y rodé por el talud hacia el río.

Cuando me sumergí en el agua di un salto extraordinario en la cama y desperté semiahogado con la tremenda impresión de la pesadilla. Mi mujer se levantó del lecho y encendió la luz apresuradamente. Me puso una mano en la sien y con la otra me tomó el pulso. Me miraba, observándome con visible ansiedad.

—¿Qué tienes? —me preguntó—. ¿Qué te pasa? ¿Estás sollozando?

Yo, medio dormido aún, no lograba explicarme claramente lo que había ocurrido. En la confusión de mis ideas, la actitud expectante de mi mujer me impresionó más aún. Eso me dio la idea de que me había salvado providencialmente de la muerte.

—¿Es muy grande la herida? —le pregunté.

—¿Qué herida?

—La que me hizo la piedra.

—¡No te entiendo! ¡Por favor, no sigas asustándome!

—No trates de disimular. En realidad, esa gente es implacable. Vieras cómo me corre la sangre por el pecho. ¿Quién me sacó del río?

—¿Estás loco? —exclamó mi mujer, abriendo tamaños ojos, creyendo que yo había perdido el juicio.

En verdad, hasta ese momento mi pensamiento consciente no se recobraba del todo. Me pasé la mano por el pecho y por los muslos para comprobar si los tenía humedecidos. Cuando levanté la ropa y me miré la mano, encontré la explicación: estaba transpirando de susto y el sudor me corría como agua por el cuerpo...

—Acuéstate, hijita... —le dije a mi mujer, haciéndome el gracioso—. Todo ha sido una broma... ¿Sabes? Quería comprobar si te preocuparías de mí en un caso de apuro...

—Es que tú sollozabas y decías que iban a matarte los mestizos —dijo ella, no conforme con mi explicación—. ¿A quién te referías?

—Eso te lo explicaré mañana —le respondí.

Y me di vuelta en la cama para no verme obligado a confiarle mis aprehensiones, que ahora recuerdo como un accidente en la vida de un hombre que asumió en el sur de Chile la heroica tarea de aprender a escribir...